El sastre de dos mundos

Luigi Bazzani y la ópera en América

ALEXANDER KLEIN

Prólogo de Jaime Luis Bazzani

TOMO III

El sastre de dos mundos

Luigi Bazzani, hacia 1840. Óleo de Efraín Canedo (n. 1987)

El sastre de dos mundos
Luigi Bazzani y la ópera en América
Tomo III

Alexander Klein

Universidad de los Andes
Facultad de Artes y Humanidades
Departamento de Música

Nombre: Klein, Alexander, autor.
Título: El sastre de dos mundos : Luigi Bazzani y la ópera en América / Alexander Klein.
Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Música, Ediciones Uniandes, 2022-2024 | 3 tomos : ilustraciones ; 17 x 24 cm.

Identificadores: ISBN 9789587983067 (obra completa) | ISBN 9789587983074 (tomo 1 : rústica) | ISBN 9789587983104 (tomo 1 : electrónico) | ISBN 9789587983081 (tomo 2 : rústica) | ISBN 9789587983111 (tomo 2 : electrónico) | ISBN 978-958-798-717-1 (tomo 3 : rústica) | ISBN 978-958-798-718-8 (tomo 3 : electrónico)

Materias: Bazzani, Luigi | Ópera – Historia – América – Siglo XIX

Clasificación: CDD 782.1 –dc23 SBUA

Primera edición: octubre del 2024

© Alexander Klein

© Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Música

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18A-12, Bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
https://ediciones.uniandes.edu.co/es
http://ebooks.uniandes.edu.co
infeduni@uniandes.edu.co

ISBN obra completa impreso: 978-958-798-306-7
ISBN tomo I: 978-958-798-307-4
ISBN tomo II: 978-958-798-308-1
ISBN tomo III:978-958-798-717-1

ISBN obra completa *e-book*: 978-958-798-309-8
ISBN tomo I: 978-958-798-310-4
ISBN tomo II: 978-958-798-311-1
ISBN tomo III: 978-958-798-718-8

Corrección de estilo: Camilo Sierra
Diagramación interior: María Victoria Mora
Diagramación de cubierta: Neftalí Vanegas
Imagen de cubierta: *Luigi Bazzani en su taller*. Óleo de Efraín Canedo (n. 1987)

Impresión:
Imageprinting Ltda.
Carrera 27 n.° 76-38
Teléfonos: 601 631 1350 - 601 631 1736
Bogotá, D. C., Colombia

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación.
Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964.
Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia.
Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación

Contenido

Lista de recursos gráficos ix

Nota sobre las fuentes xiii

20 Brasil, 1846 1
El cabo de Hornos 1
Brasil: cuna de la sacarocracia 8
El país del azúcar 13
La era del oro 18
Brasil imperial 21
Brasil: cuna de la ópera italiana en América 30

21 Río de Janeiro, Burdeos y Milán, 1846; Valparaíso, 1846-1847; Lima, 1847 49
El París tropical 49
El vendedor de sueños, segunda parte 57
Ópera en Valparaíso, segunda parte 67
Un nuevo litigio 75
Bazzani vs. Casali 79
El panorama limeño 84
Bazzani vs. Casali, segunda parte 97
Adiós a Chile 101

22 Lima, 1847-1848 105
La ópera en América, 1800-1850 105
Modernidad vs. moralidad 116

Un nuevo teatro 128
La nueva compañía 136

23 Lima, 1848-1850 147
Intrigas tras bastidores 147
Estrenos, escándalos y barras bravas 157
Los divos 178
El caballo lírico 191
Un circo llamado ópera 219
La reconciliación 234
El último acto 239
Reflexiones de una temporada 252

24 Lima, 1850-1851 257
El sastre, los chinos y el marinero 257
El teatro inerme 276
El Teatro de Santo Toribio 280
Adiós a Rosa 290

25 Panamá, 1851 313
Panamá transformada 313
La tierra de paso 319
El Panamá colombiano 328
La tercera separación 334
El ferrocarril interoceánico 343
La ópera en Panamá, primera parte 372

26 La Habana, 1851; Nueva York, Panamá y Lima, 1852 397
El camino al imperio 397
Nueva York: *the Empire City* 401
El panorama operático de Nueva York 409
El vendedor de sueños, tercera parte 427
Velas, salami y revolución 442
El viaje al pasado 461

Anexo 473

Bibliografía 531

Índice de lugares 547

Índice de nombres 555

Índice de óperas 563

Lista de recursos gráficos

Ilustraciones

Ilustración 1.	*Velero acercándose al cabo de Hornos*	5
Ilustración 2.	*Habitantes de la Tierra del Fuego* (1840)	6
Ilustración 3.	*Mercado de esclavos* (1835), en Brasil	17
Ilustración 4.	Augusta Candiani (1820-1890), *prima donna* del Teatro São Pedro de Alcántara, de Río de Janeiro, en 1844	47
Ilustración 5.	Calle en Río de Janeiro, hacia 1834	51
Ilustración 6.	El Teatro São Pedro de Alcántara (1846)	55
Ilustración 7.	El puerto de Burdeos, hacia 1850	60
Ilustración 8.	Gaetano Comassi, uno de los cantantes contratados en Milán por Luigi Bazzani, en 1846	65
Ilustración 9.	*Una calle de Lima* (1843)	120
Ilustración 10.	*Encuentro en la alameda nueva* (1843)	121
Ilustración 11.	Aviso del elenco completo de la compañía lírica de Francisco Coya, en Lima (1848)	140
Ilustración 12.	Luigia Schieroni, *prima donna* de la compañía lírica de Francisco Coya en Lima (1848-1850)	143
Ilustración 13.	Aviso de ópera de la compañía lírica de Francisco Coya, en Lima, para el 1.° de junio de 1848	182
Ilustración 14.	Antonio Neumane (1818-1871)	190
Ilustración 15.	Aviso de la función a beneficio de Luigi Bazzani, para el 25 de julio de 1848	200

Ilustración 16. Innocenzo Pellegrini, primer tenor de la compañía lírica de Francisco Coya (1848-1850) 233
Ilustración 17. Rosa Mauri, segunda soprano de la compañía lírica de Francisco Coya (1848-1850) 238
Ilustración 18. Medias de cuchillas (siglo XIX) 259
Ilustración 19. Retratos de ciudadanos chinos en Perú (c. 1863) 268
Ilustración 20. Giuseppe Garibaldi, con su poncho (1866) 275
Ilustración 21. Aviso del teatro que Luigi Bazzani quería construir en Lima (1850) 290
Ilustración 22. La feria de Portobelo, en Panamá (1637) 322
Ilustración 23. Extranjeros que cruzan el istmo de Panamá, en plena fiebre aurífera (1851) 355
Ilustración 24. Calle de Ciudad de Panamá, en la década de 1850 372
Ilustración 25. Aviso de ópera italiana del tenor Innocenzo Pellegrini en Ciudad de Panamá, el 24 de noviembre de 1850 395
Ilustración 26. La calle Broadway, en Nueva York, a mediados del siglo XIX 407
Ilustración 27. La intersección entre las calles Broadway y Ann, en Nueva York, a mediados del siglo XIX 408
Ilustración 28. Niblo's Garden, 1852 429
Ilustración 29. El Astor Place Opera House a mediados del siglo XIX 431
Ilustración 30. *Los migrantes* 448
Ilustración 31. Giuseppe Avezzana (1797-1879) 460
Ilustración 32. Antonio Meucci (1808-1889) 460
Ilustración 33. Representación gráfica de dos hombres hablando por el "telégrafo parlante" 461

Mapas

Mapa 1. Viajes de Luigi Bazzani, 1845-1846 102
Mapa 2. Estados Unidos y México, antes de la guerra de invasión estadounidense (1846) 348
Mapa 3. Estados Unidos y México, después de la guerra de invasión estadounidense (1848) 349
Mapa 4. Viaje de Luigi Bazzani a través del istmo de Panamá, en 1852 472

Tablas

Tabla 1.	Comercio de esclavos	27
Tabla 2.	Rossini en América: primera ópera del compositor presentada por artistas italianos en países selectos del continente	35
Tabla 3.	Repertorio de la temporada lírica en el Teatro São Pedro de Alcántara (1844)	45
Tabla 4.	Precios de boletería para ópera italiana en Suramérica (1842-1845), en reales y pesos	46
Tabla 5.	Población aproximada de Río de Janeiro, 1844	53
Tabla 6.	Estrenos en Suramérica de óperas selectas (1800-1850)	110
Tabla 7.	Bellini en América: estrenos absolutos (en italiano) en el continente de óperas selectas	114
Tabla 8.	Donizetti en América: estrenos absolutos (en italiano) en el continente de óperas selectas del compositor	115
Tabla 9.	California en Panamá: número aproximado de personas que cruzaron el istmo durante el *gold rush* (1848-1855)	316
Tabla 10.	Las rutas del oro (1849-1851)	353
Tabla 11.	La ópera en Panamá (1800-1848): compañías y artistas líricos que cruzaron el istmo antes de la fiebre del oro	380
Tabla 12.	Extranjeros establecidos en Panamá, según el censo de 1851	381
Tabla 13.	Verdi en América: estrenos absolutos en el continente de óperas selectas del compositor	400
Tabla 14.	La ópera italiana en Nueva York (1800-1850): compañías italianas que presentaron temporadas en la ciudad	414
Tabla 15.	Precios de boletería para ópera italiana en Nueva York, enero y febrero, 1852	426
Tabla 16.	Población del estado de Nueva York, según el censo de 1850	443
Tabla 17.	Inmigración europea a los Estados Unidos, 1821-1850	444
Tabla 18.	Italianos en Nueva York (1850-1851), según el directorio de la ciudad	449

Nota sobre las fuentes

En aras de preservar la autenticidad histórica de este libro, y para presentar al lector el ambiente y el sabor lingüístico del siglo XIX, todas las fuentes primarias han sido citadas en su ortografía original, razón por la cual encontrará diversas erratas, inconsistencias y folclorismos. En aquellos casos en que se cite una fuente que está traducida, el respectivo crédito del traductor aparecerá en el pie de página que corresponda al fragmento citado. En los casos en que no se indica un crédito, la traducción de la fuente citada fue realizada por el autor de este libro.

Dado que en el siglo XIX muchos periódicos no revelaban la identidad de algunos de sus redactores, la mayoría de notas de prensa están referenciadas en los pies de página únicamente con el nombre, número y fecha del periódico citado. Para aquellos casos en que sí existe el nombre o las iniciales del autor, esta información ha sido incluida en los pies de página junto con el título del artículo citado.

20
Brasil, 1846

Brasil tiene el cuerpo de América pero el alma de África[1].
António Vieira, S. J., 1691

Lo que había en Brasil era una sociedad rendida ante la ópera y sus prima donnas, la consecuencia lógica e inevitable de un proceso evolucionario[2].
Eric A. Gordon, 1969

El cabo de Hornos

Embarcado en el que fue el viaje más largo y peligroso de toda su vida, Luigi Bazzani pasó los últimos días de 1845 entre el zarandeo monótono del buque de vela y las vistas de los puertos más remotos del mundo suroccidental. Viajando a una velocidad promedio de ocho nudos (14,8 km/h), el buque avistó el puerto chileno de Concepción en el segundo o tercer día del viaje, que para ese año presentaba el siguiente panorama:

1 Citado en E. Bradford Burns, *A History of Brazil*, 2.ª ed. (Nueva York: Columbia University Press, 1980), 55.

2 Eric A. Gordon, "Opera and Society: Rio de Janeiro 1851-1852" (tesis de maestría, Tulane University, 1969), 13.

> La bahía es muy bella; el pueblo está colmado de huertos y pastizales, con grandes rebaños y manadas pastoreando entre varias fincas y cabañas [...]. En el panorama se distinguen cerros y valles con abundantes bosques, los cuales ofrecen un contraste agradable con respecto a Valparaíso[3].

Una vez pasado el puerto de Concepción, el trayecto continuaba en dirección a la isla Mocha, antes de la cual se divisaban las ruinas del H. M. S. Challenger —un buque inglés que había naufragado en 1835—, imagen que agregaba un aire fantasmagórico al viaje. Dos o tres días después, por el costado izquierdo del buque, se divisaba el puerto chileno de Valdivia, cuya población era mayoritariamente indígena, todavía en 1845 y 1846. Si bien el puerto de Concepción ofrecía una vista agradable al viajero, el panorama de Valdivia era descrito de manera unánime como más bello aún, cortesía de espesos bosques poco explotados, los cuales daban a la vista un aspecto "casi tropical"[4]. Tras completar casi una semana de viaje, poco sospechaban los viajeros desprevenidos el verdadero infierno que les aguardaba en los siguientes días, cuando el buque entrara al legendario cabo de Hornos. Dado el alto índice de catolicismo que existía en el siglo XIX, en este momento tripulantes y pasajeros se echaban la bendición y sacaban sus rosarios, herramientas indispensables para encontrar sosiego en medio de la furia de ese "doble océano"[5].

De manera muy simbólica, una de las primeras imágenes que asaltaban la vista cuando el buque estaba por llegar al extremo sur del continente eran las Nubes de Magallanes, dos galaxias enanas que en aquel lugar son "claramente visibles"[6] sin telescopio, cuando hay cielo despejado durante la noche. En una época en la que se desconocía la existencia de galaxias por fuera de la Vía Láctea, las Nubes de Magallanes se desplegaban ante la vista como dos brillantes auras divinas que reforzaban la noción de estar en el verdadero fin del mundo occidental, trastocando los límites de la realidad y en presencia de una fuerza sobrenatural, cuya ira estaba por sentirse. En efecto, una vez tocadas las aguas del extremo austral de Suramérica, era cuestión de poco tiempo para que "una enorme nube negra"[7], rodando violentamente hacia el barco, anunciara la llegada al cabo de Hornos. A partir de ese momento, el buque se convertía en nada más que un juguete del mar, y "en pocos minutos"[8] los viajeros quedaban a la merced de escenas como esta:

3 Berthold Seemann, *Narrative of the Voyage of H. M. S. Herald During the Years 1845-51*, vol. 1 (Londres: Reeve and Co., 1853), 31.

4 Ibíd., 32.

5 François-René Chateaubriand, *Viages de Chateaubriand en América, Italia y Suiza* (Madrid: Tipografía de D. F. de P. Mellado, 1847), lxi.

6 Richard Henry Dana Jr., *Two Years before the Mast* (Boston: Fields, Osgood, & Co., 1869), 27.

7 Dana Jr., *Two Years*, 28; Yudilevich L. ed., *Darwin*, 67.

8 Ibíd., 28.

> El mar se levanta como uno nunca imagina que puede hacerlo, y estando la enorme ola al frente, el pequeño barco se estrella y se hunde contra ella, quedando bajo agua toda la parte delantera de la nave. El mar se entra por torrentes, amenazando con llevarse todo consigo[9].

Si bien estas olas de veinte y treinta metros de altura eran más que suficientes para bañar a los tripulantes de la cubierta "hasta la quijada"[10] una y otra vez, el agua salada se unía a "vientos contrarios"[11] y violentas sacudidas de la nave, arriba y abajo, que podían durar días enteros. Cualquier pasajero que se atreviera a subir a la cubierta, o simplemente abrir la ventana de su camarote, podía estar seguro de recibir una ráfaga de "nieve y granizo"[12] en la cara.

Luego de esta primera tormenta, el viajero debía prepararse para pasar desde una semana hasta un mes entero repitiendo esta escena una y otra vez todos los días, y rogar para que el barco no se hundiera, como ya lo habían hecho ochocientas naves desde el siglo XVII, época en la que los europeos descubrieron la ruta[13]. No en vano Charles Darwin declaró que, después de haber viajado por el cabo, cualquier persona podía tener pesadillas de "naufragios, peligro y muerte"[14] durante toda una semana; tampoco en vano se premiaba con un arete en la oreja a todo marinero que hubiera sobrevivido el pasaje. A pesar de que estas palabras pueden sugerir una exageración, no hay que olvidar que por lo menos diez mil personas[15] han perdido la vida en el cabo de Hornos desde que los europeos lo encontraran en 1616[16]. Esta elevada cifra, sin embargo, no evitó que hubiese viajeros que percibieran la noción de cortejar la muerte como un acto que los hacía sentir más vivos que nunca, tal como lo dice una canción en honor al cabo:

9 Dana Jr., *Two Years*, 29.

10 Ibíd., 32.

11 Flora Tristán, *Peregrinaciones de una paria,* 2.ª ed., Trad. Emilia Romero (Lima: Moncloa-Campodonico, 1971), 102.

12 Seemann, *Narrative*, 27.

13 Adrian Flanagan, *The Cape Horner's Club: Tales of Triumph and Disaster at the World's Most Feared Cape* (Londres: Bloomsbury, 2017), 171.

14 Yudilevich, *Darwin*, 108.

15 Flanagan, *The Cape*, 171.

16 Una de las víctimas más notorias de este pasaje marítimo fue Thomas Graham, el primer esposo de la escritora Maria Graham (1785-1842), tragedia que sucedió mientras la pareja cruzaba el cabo en un buque en 1822. Otro caso famoso involucra a James Cook (1728-1779), capitán experimentado que perdió dos sirvientes, quienes murieron de frío en el cabo. Debido a estas y otras miles de muertes, poco sorprende afirmar que el último barco de pasajeros en cruzar el cabo de Hornos lo hizo en 1949, época en la que rutas marítimas alternas (como el canal de Panamá) pusieron fin a esta peligrosa aventura en la historia de la navegación comercial. Véase Paul Smethurst, *Travel Writing and the Natural World: 1768-1840* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2012), 56.

Olas montañosas, como avalanchas, cayeron sobre las cubiertas
Los vientos, gritando, rasgaron las cuerdas.
[...] Rasgado todo entre la vida y la muerte
Bordeando entero el feroz cabo de Hornos

[...] No hay tiempo para recuperar el aliento
Si queréis amar tu vida, tenéis que cortejar la muerte[17].

Como toda travesía marítima, además, el cabo de Hornos ofrecía al viajero imágenes de una belleza surreal, que terminaban por compensar —aunque fuese poco— los sufrimientos del viaje. Siempre que pasaba una tormenta, por ejemplo, los pasajeros podían salir a la cubierta para ver la nave entera "embadurnada de nieve"[18], como si se tratara de un barco celestial en medio de un viaje divino. Mejor aún, en los momentos de calma se podían divisar aborígenes de distintas etnias en sus canoas, albatros que dormían sobre el agua o manadas de pingüinos que caminaban por las costas de la Tierra del Fuego. Si las necesidades del viaje lo dictaminaban, cualquier desembarco en las islas aledañas podía significar una vista de cerca a las aldeas indígenas de las etnias yámana y ona, cuyas tierras no estaban colonizadas por europeos en aquel entonces. Como si estas imágenes por sí solas no fuesen lo suficientemente espectaculares, el surrealismo de la experiencia se completaba al ver a los indígenas casi desnudos en temperaturas que se acercan a los 0 °C, hazaña que lograban gracias a miles de años de adaptación al territorio. Mientras tanto, los viajeros europeos que se encontraban en el buque tendían a tiritar del frío durante al menos una semana, puesto que las tormentas continuas —según las palabras de un viajero de la época— solo les dejaban dos opciones de prendas para vestir: una prenda mojada y otra prenda "más mojada"[19]. Había incluso tripulantes cuyas ropas se congelaban "sobre ellos"[20], por lo cual cualquier movimiento del cuerpo magullaba la piel "por el frotamiento del hielo"[21] sobre esta. Ante tal prospecto, la hora del té era codiciada por todos; la bebida se endulzaba con melaza, cuyo sabor y temperatura caliente le granjeaban el apodo de "té embrujado"[22].

17 "Mountain waves like avalanches, crashed upon the decks / The screaming winds ripped ropes. / [...] Torn between all life and death / All the way around the wild Cape Horn / No time to catch our breath / If you want to love your life, you have to flirt with death". Ralph McTell, "Around the Wild Cape Horn", pista 4, en *Somewhere Down the Road*, Leola Music 2010, disco compacto. Traducción propia.

18 Dana Jr., *Two Years*, 29.

19 Ibíd., 33.

20 Tristán, *Peregrinaciones*, 103.

21 Ibíd.

22 Dana Jr., *Two Years*, 33

Ilustración 1. *Velero acercándose al cabo de Hornos*.
Litografía de John Stobart.
Colección del autor.

Ilustración 2. *Habitantes de la Tierra del Fuego* (1840).
Indígenas yámana, todavía libres de la colonización europea, podían verse en el viaje por el cabo de Hornos en la década de 1840, en especial si el barco se veía obligado a parar en las costas de la Tierra del Fuego. Grabado de Léon Gaucherel (1816-1886).
Colección de la Bibliothèque Nationale de France, París.

Una vez se terminaban estos días tortuosos del paso por el cabo, todavía quedaba por lo menos un mes más de viaje antes de divisar las costas de Río de Janeiro. Transcurrida la primera semana, hacia el horizonte se divisaban las Islas Malvinas, al igual que icebergs que podían medir más de 3 km de largo y 150 m de alto[23]. Si bien este trayecto también solía estar provisto de pesadas tormentas, la furia de Neptuno podía ceder su lugar a escenas de calma profunda, en las cuales las aguas cristalinas podían revelar manadas de ballenas y orcas alrededor del buque[24]. Ya muy cerca de las Islas Malvinas, decenas de albatros y pingüinos se veían por las costas, en cantidades que cómodamente superaban las de los pocos colonos europeos que vivían en el lugar[25]. En palabras de un viajero de la época:

> Las aves son abundantes [...]. Agachadizas, avefrías, halcones, búhos y un tipo de gallinazo llamado Cara Cara. [...] El ganso antártico se traía en cantidades enormes al barco, y era comido con gusto por muchos pasajeros, aunque algunos declaraban, después de probarlo, que solo lo comerían de nuevo por miedo a morir de hambre[26].

Dado que todavía hacían falta por lo menos dos semanas más para llegar a Río de Janeiro, era común encontrar barcos que hacían paradas de varios días en las islas, pausa que era muy apreciada por los viajeros después de la semana de tormentas que representaba el paso por el cabo de Hornos. Aun así, las islas no tenían mucho que ofrecer al viajero, excepto el avistamiento de fauna salvaje y franjas de "tierra turbosa"[27] que producían una "desolación proverbial"[28].

Cuando se reanudaba el viaje, el buque podía esperar varios días seguidos de "vendavales violentos"[29] y relámpagos a la altura del Río de la Plata, un nuevo martirio que, no obstante, era más aguantable, dada la llegada inminente a Brasil. Y entre el 6 y el 8 de febrero de 1846[30], el buque que transportaba a Luigi Bazzani finalmente avistó la costa de Río de Janeiro y soltó sus anclas en el puerto, poniendo fin a más de cuarenta y dos días de viaje por el pasaje marítimo más peligroso del mundo. De este modo, el sastre boloñés se preparó para cumplir la primera etapa de su nueva travesía operática, la cual, esta vez, pondría el nombre de Luigi Bazzani en los anales históricos de la nación más grande de Suramérica.

23 Seemann, *Narrative*, 26.

24 Dana Jr., *Two Years*, 30.

25 Seemann, *Narrative*, 26.

26 Ibíd., 24-25.

27 Ibíd., 24.

28 Ibíd., 21.

29 Dana Jr., *Two Years*, 24.

30 *Jornal do Commercio* (38), 7 de febrero de 1846, 4; *Jornal do Commercio* (40), 9 de febrero de 1846, 3.

Brasil: cuna de la sacarocracia

Cuando el ojo europeo avistó por primera vez las costas de Brasil, la inmensa selva virgen de su territorio y la extensa red de ríos que la alimenta, fue confundida con el mismísimo jardín del Edén. En efecto, Américo Vespucio declaró que "si en alguna parte de la Tierra existe el paraíso terrenal, no puede ser lejos de aquí"[31]. Haciendo eco a esta idea, un padre jesuita declaró en 1560 que "si hay un paraíso aquí en la tierra, yo diría que queda en Brasil"[32]. Aunque estas palabras, como muchas de su especie, pueden interpretarse como un arrebato más de un conquistador exaltado, la convicción europea de estar cerca al paraíso terrenal fue real, tan real que Antonio de León Pinelo (1589-1660), cronista oficial de las Indias, murió convencido de que el jardín del Edén se podía ubicar "en un área muy extensa que incluya las fuentes del Río Orinoco"[33]. Al lado de Pinelo, clérigos como Simón de Vasconcelos y Cristóbal de Acuña creyeron posible que "Dios Nuestro Señor creó el Paraíso Terrenal cerca del río de las Amazonas"[34].

No obstante esta similitud con las perspectivas igualmente idealizadas que los españoles tenían de las islas del Caribe y las costas de otros puntos de Suramérica, el descubrimiento europeo de Brasil fue un suceso que desde sus inicios presentó diferencias con respecto a las colonias españolas: su singularidad se resumió en que los portugueses —y no los españoles—reclamaron primero la que hoy es la nación más grande del continente. Como es bien sabido, el año fue 1500, fecha en la que el noble Pedro Álvares Cabral (c. 1467-c. 1520) avistó las costas nororientales de Brasil y las declaró propiedad de la corona portuguesa. Dada la superabundancia de loros que se desplegaban por la zona, el territorio recibió el nombre informal de Tierra de los papagayos (*Terra dos papagaios*), aunque el mismo Cabral prefirió el nombre colonizador de Tierra de Santa Cruz (*Terra de Santa Cruz*). De este modo, inició una nueva era en esta enorme franja del continente suramericano.

Así como en otras regiones aledañas, las costas brasileñas estaban ampliamente pobladas no solo por loros, sino por seres humanos, cuyo número superaba los 2,5 millones de habitantes[35]. Pertenecientes a diversas etnias, estas poblaciones indígenas fueron agrupadas por los portugueses en dos categorías globales: los tupí-guaraní y los tapuya. De forma similar a la mayoría de las sociedades amerindias,

31 Stefan Zweig, *Brasil. País de futuro*, trad. Alfredo Cahn (Madrid: Capitán Swing, 2012), 49-50; John A. Crow, *The Epic of Latin America*, 3.ª ed. (Berkeley: University of California Press, 1980), 137.

32 Burns, *A History*, 1.

33 Luis Weckmann, *La herencia medieval del Brasil* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 78.

34 Ibíd., 78.

35 Burns, *A History*, 17.

tanto los tupí como los tapuya practicaban modelos socioeconómicos comunales o colectivistas, lo cual se traducía en un modo de vida en el que la noción de propiedad privada no existía y todo recurso natural (incluida la tierra) era de libre acceso y compartido entre todos. También como en otras etnias americanas, la existencia de los tupí y tapuya se regía sin un poder central fuerte, al igual que por la noción de la naturaleza como una fuerza divina, cuyos espíritus y dioses vivían en la selva brasileña. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de las etnias indígenas de regiones como el Perú, Bolivia o Ecuador, los tupí y los tapuya eran cazadores-recolectores, por lo cual sus aldeas tenían una función más bien temporal. Ante esta imagen de una sociedad tan distinta a la europea, y a la vez tan inocente respecto a la perspectiva materialista del viejo continente, el primer cronista del rey portugués no dudó en declarar las siguientes palabras: "Señor, la inocencia del propio Adán no era superior a la de estos habitantes"[36].

Además de esta convicción, pronto surgió entre los portugueses la creencia generalizada de que algunos indígenas vivían ciento veinte, ciento cincuenta o incluso ciento ochenta años[37], lo cual se debía a su contacto con una "Fuente de la Juventud"[38] que manaba de las espesas selvas de la zona. A raíz también de esta superabundancia de recursos, el mismo cronista del rey declaró que aquella tierra "produce tanto, que no sé para qué lado voltear la mirada"[39].

Si bien estas palabras podían indicar un deseo de colonización, los portugueses se diferenciaban de manera notable de los españoles en que eran casi exclusivamente mercaderes, interesados más en comerciar en nuevos territorios que en asentarse en ellos[40]. Por otro lado, el aire paradisiaco de las nuevas tierras pronto se extinguió para quienes buscaban metales preciosos, puesto que ni oro ni plata se encontraban en las primeras tierras exploradas. Esto no evitó, desde luego, que cientos de aventureros portugueses se internaran en las selvas en busca de El Dorado, cazatesoros que en su mayoría desaparecieron sin rastro en los primeros cincuenta años del siglo XVI.

Ante la falta de oro, solo un artículo atrapó la atención mercantil de los portugueses: un árbol de cuyo tronco se extrae una resina roja que resulta ser una excelente tintura para textiles. Dado que este árbol abundaba en una isla mítica europea que recibía el nombre celta de Brasil, el tronco del cual se extraía la tintura recibió el nombre de *palo del Brasil*, palabra que con el paso de las

36 Burns, *A History*, 77; Weckmann, *La herencia*, 77.

37 Weckmann, *La herencia*, 79.

38 Ibíd.

39 Burns, *A History*, 130.

40 Caio Prado Junior, *Historia económica del Brasil*, trad. Haydée Jofre Barroso (Buenos Aires: Editorial Futuro, S. R. I., 1960), 16.

décadas terminaría por bautizar el país entero[41]. Aunque, como puede inferirse, el precio de este artículo en Europa era muy inferior al del oro, el palo del Brasil se convertiría de inmediato en el principal producto de exportación de su país homónimo, lugar que ocuparía durante los siguientes cien años[42]. A finales del siglo XV, más de cien barcos portugueses viajarían desde Brasil a Portugal cada año cargados con la preciada madera[43].

Sin embargo, más allá de madera y tintura, los demás recursos de Brasil no tardaron en atrapar la atención de otras naciones europeas (en especial Francia), las cuales también veían en América una potencial fuente de riquezas materiales. En este sentido, es importante mencionar que, en 1494, España y Portugal habían acordado dividirse el planeta, resolución que, aunque absurda, había sido ratificada por el papa Julio II en un contrato que recibió el nombre de Tratado de Tordesillas. Como podía esperarse, uno de los primeros reinos en protestar contra el tratado fue la Francia de Francisco I, quien famosamente le preguntó al papa sobre "la cláusula del testamento de Adán que reservaba el mundo únicamente para portugueses y españoles"[44]. Amenazada, de este modo, por la competencia de una potencia extranjera, la Corona portuguesa finalmente envió una expedición para colonizar las costas de Brasil en 1532, luego de expulsar del territorio a una colonia francesa que había llegado al lugar años antes. Desde aquel momento, puede decirse que nació verdaderamente el único bastión portugués en América.

Para asegurar el éxito de su empresa colonizadora, la Corona portuguesa llevó al Brasil dos bienes que cambiarían para siempre el paisaje vegetal y humano del lugar: la caña de azúcar y, pocos años después (hacia 1538)[45], esclavos africanos. El plan, por ende, se hizo más que evidente: Brasil debía convertirse en un proveedor no solo de madera y tintura, sino de azúcar, bien que en aquel entonces se vendía a excelentes precios en el mercado europeo, a raíz de los pocos cultivos que existían en aquel continente[46]. Además, dado que las poblaciones indígenas de Brasil no comprendían ni estaban dispuestas a someterse al régimen económico "servil y coercitivo"[47] de Europa, la solución a este problema fue la importación de afri-

41 Weckmann, *La herencia*, 38-39; Rogério Budasz, *Opera in the Tropics: Music and Theater in Early Modern Brazil* (Oxford: Oxford University Press, 2019), 1.

42 Burns, *A History*, 29.

43 Ibíd.

44 Prado Junior, *Historia económica*, 27.

45 Hugh Thomas, *The Slave Trade* (Nueva York: Simon & Schuster, 1997), 111.

46 En la década de 1530, el azúcar únicamente se cultivaba en Europa a pequeña escala en Sicilia, lo cual lo convertía en un "artículo raro y muy buscado". Por su parte, los portugueses cultivaban la caña en las islas de Madeira y Cabo Verde. Véase Prado Junior, *Historia económica*, 21.

47 Theotonio Dos Santos, *Brasil: la evolución histórica y la crisis del milagro económico* (Ciudad de México: Editorial Buena Imagen, 1978), 19.

canos, empresa en la que Portugal tenía amplia experiencia, desde por lo menos 1433[48].

En vista de lo anterior, es necesario aclarar que la esclavitud ya era una práctica ampliamente difundida en Europa, cuyos orígenes se pueden rastrear hasta los inicios de las grandes civilizaciones europeas y africanas. Egipcios, griegos, romanos e incluso las etnias del África central practicaban la esclavitud como una herramienta de castigo sobre los prisioneros que eran capturados en guerras contra etnias rivales. Como dato importante, la esclavitud era incluso "la única forma de propiedad privada"[49] reconocida por las etnias que ocupaban el África occidental. Por lo tanto, solo era cuestión de tiempo para que la esclavitud pasara de ser una práctica focalizada a una empresa comercial, actividad que primero fue amaestrada por los mercaderes musulmanes desde el siglo VIII, fecha que coincidió con la ocupación musulmana de la península ibérica, la cual perduraría hasta el siglo XV. En esta última época, la presencia de esclavos africanos era tan común en Portugal[50], que poseerlos ya era "un símbolo de distinción"[51] en los hogares lusitanos —tal como hoy lo son los sirvientes extranjeros en Europa y Estados Unidos—.

Sin embargo, en el siglo XV varios sucesos confluyeron para situar a Portugal en la cima del poder global. En primer lugar, los portugueses habían logrado deshacerse de la ocupación musulmana mucho antes que los españoles: en 1250, en efecto, el territorio portugués ya estaba prácticamente libre de ocupación musulmana, tarea que España tardaría en consumar hasta 1492. En segundo lugar, Portugal estaba dotada de una ubicación geográfica extraordinariamente estratégica, con fácil acceso al océano Atlántico, al mar Mediterráneo y a las costas norte y sur de África. En una época en la que el mar constituía la vía de comunicación más efectiva del mundo, la Corona portuguesa no tardó en emprender varias empresas comerciales que la pusieron en ventaja frente a las demás naciones de Europa.

Entre estas empresas, todas del siglo XV, sobresalió primero la captura del puerto árabe de Ceuta (1415), uno de los emporios comerciales más importantes del mundo. A esta le siguió el descubrimiento de dos islas atlánticas que estaban desiertas: Madeira (1418-1420) y Azores (1427-1432), respectivamente. Motivado todo por intereses comerciales, la primera isla recibió su nombre gracias a las ricas maderas que de allá se extrajeron, práctica que vendría a replicarse en Brasil. Más importante aún, entre 1497 y 1499, el explorador Vasco da Gama descubrió para Portugal la ruta a la India al bordear el sur de África por el cabo

48 Burns, *A History*, 49.

49 Thomas, *The Slave Trade*, 47.

50 La población de Lisboa, por ejemplo, tenía un número de esclavos que alcanzaba a cubrir el 10 % de la población total de la ciudad. Véase Prado Junior, *Historia económica*, 23.

51 Ibíd., 64.

Esperanza, hazaña que le otorgó a la Corona portuguesa "el monopolio de las especias"[52] orientales y fácil acceso a los principales mercados de esclavos africanos. De este modo, como dueña de algunos de los puntos más estratégicos del mundo conocido, Portugal hizo su entrada a la órbita del poder mundial como una talasocracia: una nación cuyo poder se sostenía gracias a su control sobre los mares. Ante tal panorama, el descubrimiento y la posterior colonización de Brasil no fue más que una continuación de esta hegemonía marítima.

El territorio brasileño, por ende, pronto se convirtió en el centro de la principal práctica comercial que definió la presencia portuguesa en el mundo. Necesitada como estaba de mano de obra para trabajar las tierras brasileñas, Portugal utilizó su dominio en los mares para transportar esclavos africanos a América, y el principal puerto de llegada de dicha empresa no fue otro que Brasil. De esta manera, la Corona portuguesa tomó la que era una práctica de coerción laboral antes focalizada en la órbita europea-africana y la convirtió en una empresa ultramarina, novedad que bautizó al imperio luso como pionero del comercio trasatlántico de esclavos. A lo largo de los dos siglos siguientes (1538-1730), ningún país en el mundo comerció tantos esclavos como Portugal[53].

El comercio de esclavos, sin embargo, no sería la única empresa en la cual Portugal fue pionera. Motivada por el prospecto de convertir al Brasil en el principal proveedor de azúcar en el mundo, la Corona portuguesa tomó la caña de azúcar y la juntó al trabajo esclavo de los africanos, matrimonio forzoso que anunció el nacimiento —por primera vez en el mundo— del grande ingenio azucarero. A raíz de este suceso, la hacienda de azúcar —ese complejo socioeconómico que vendría a ser tan familiar en Cuba y Jamaica— no tardó en convertirse en la cuna de la sociedad brasileña. En palabras de Gilberto Freyre:

> La historia social de la Hacienda de Azúcar [pasó a ser] la historia íntima de todo brasileño: la historia de su vida doméstica y conyugal bajo un régimen patriarcal que era esclavista y polígamo; la historia de su vida como niño; la historia de su cristiandad, reducida a la forma de una religión de familia e influenciada por las supersticiones de la cabaña esclava aledaña[54].

Además, dado que la política no es más que una extensión de la economía, el amo de la hacienda de azúcar no solo pasó a ser dueño de sus tierras y sus esclavos, sino el dueño y el "verdadero amo"[55] de Brasil.

52 Zweig, *Brasil*, 50.

53 Thomas, *The Slave Trade*, 256.

54 Gilberto Freyre, *The Masters and the Slaves*, trad. Samuel Putnam (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1967), 10.

55 Ibíd., 8.

El país del azúcar

Regida por la economía de plantación, la sociedad que Portugal estableció en Brasil se vio reflejada por completo en la hacienda de azúcar, ese "mundo en miniatura"[56] donde estaban presentes todas las distintas castas del país. En la cima de la jerarquía se encontraba el *mazombo*, palabra utilizada para describir al portugués nacido en Brasil —el equivalente al *criollo* hispanoamericano—. Como descendiente de los primeros colonos portugueses, el mazombo manejaba su hacienda de azúcar como un gobernador maneja un imperio: desde la mañana, se le veía sentado en los suntuosos jardines de su casa grande expidiendo órdenes a todo un mundo de subalternos, quienes lo obedecían sin cuestionar sus palabras. Dada la escasez en Brasil de mujeres europeas, el mazombo podía estar casado con una portuguesa traída de ultramar, pero a su lado nunca faltaba una mujer mulata, que, ya adaptada a las maneras europeas, tomaba el té junto a su amante, como si ella también fuera blanca. Pasados los años, y cuando el mazombo se veía obligado a relegar su liderazgo en la casa, el mayor de sus hijos mulatos era quien daba órdenes en la plantación, siempre vestido como europeo y con una carta de bautismo que lo acreditaba como tal, a pesar de los rasgos africanos que revelaban los orígenes de su madre. Años después, este ciclo genealógico se repetía una y otra vez, casi sin variación, aunque los hacendados más cuidadosos procuraban siempre tener una esposa blanca para preservar intacta la sangre portuguesa en la familia. Por este motivo, en el Brasil colonial pronto surgió una expresión cuya vigencia seguía viva en el siglo XX: "La mujer blanca es para casarse, la mujer mulata es para fornicar y la mujer negra es para el trabajo"[57].

Tal como sucedería en las islas del Caribe, esta costumbre escandalizó a la gran mayoría de extranjeros europeos que visitaron Brasil, tanto en la era colonial como en la era independentista. En 1729, por ejemplo, un viajero francés observó lo siguiente:

> Los portugueses nacidos en Brasil prefieren poseer una mujer negra o mulata que poseer la más bella mujer blanca. A estos hombres les he preguntado frecuentemente sobre el origen de este gusto tan extraño, pero ellos mismos no saben la respuesta[58].

Cegado por la convicción europea de la superioridad de la piel blanca, el mismo viajero especuló que este gusto sexual se debía al hecho de que muchos

56 Prado Junior, *Historia económica*, 42.

57 Freyre, *The Masters*, 20.

58 Citado en Thomas, *The Slave Trade*, 222.

portugueses en Brasil eran amamantados por esclavas, cuya leche transmitía a los europeos esta "inclinación"[59] hacia las mujeres africanas y afrodescendientes.

En la otra cara de la moneda, sin embargo, se encontraban las amplias poblaciones de esclavos africanos, cuya mayoría provenía de las costas de Angola y el Congo, dos puntos en los cuales los portugueses hacían presencia desde finales del siglo XV. Como puede inferirse, la presencia en Brasil de estos esclavos era directamente proporcional al crecimiento de la industria azucarera. Entre 1538 y 1600, por ejemplo, Brasil pasó de tener alrededor de diez molinos de azúcar a más de ciento setenta[60], cifra que se tradujo en un aumento exponencial de esclavos africanos: entre estos mismos años, la población africana pasó de alrededor de quinientos a catorce mil habitantes, quienes a finales del siglo XVI ya representaban el 25 % de la población total del país[61]. Pasados los años, y con el crecimiento continuo de su industria azucarera, Brasil llegó a una tasa de importación anual de esclavos que se acercó a los quince mil[62] en el siglo XVIII, cifra que siguió creciendo hasta alcanzar cincuenta e incluso sesenta mil esclavos anuales en la década de 1840[63]. A inicios del siglo XIX, y sin contar la población de mulatos, Brasil contaba ya con alrededor de dos millones de africanos[64], la mayor cantidad en América, que representaba el 61 % de la población total del país[65]. En términos comparativos, este aumento demográfico situó a los esclavos de Brasil en un número que casi alcanzaba la población total de Portugal[66], fenómeno que simbolizó la dependencia absoluta de la economía brasileña y portuguesa en la mano de obra forzada. En efecto, esta dependencia ya era tan obvia en el siglo XVII, que un funcionario colonial declaró que era "imposible hacer cualquier cosa en el Brasil sin esclavos"[67], y que, por ende, cualquier intento de liberarlos o deshacerse de ellos era "una consideración inútil"[68].

59 Ibíd.

60 Burns, *A History*, 30, 33, 75.

61 Ibíd., 49.

62 Thomas, *The Slave Trade*, 256-257.

63 Burns, *A History*, 183.

64 Ibíd., 55, 147.

65 Luis Bértola y José Antonio Ocampo, *El desarrollo económico de América Latina desde la independencia* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2013), 78.

66 Aunque todos los censos de principios del siglo XIX adolecen de muchas inconsistencias, se sabe que la población total de Portugal hacia 1800 oscilaba entre 2 y 3,2 millones de habitantes. Véase Carla Rahn Phillips, "Europe and the Atlantic", en *Atlantic History: A Critical Appraisal* (Nueva York: Oxford University Press, 2009), 268.

67 Burns, *A History*, 52.

68 Ibíd.

En términos macroeconómicos, esta explosión demográfica convirtió a Brasil en la primera potencia azucarera del mundo, puesto que conservó durante más de cien años, desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII. Apodado en Europa como "el país del azúcar"[69], Brasil aportó alrededor del 90 % de todo el azúcar que se consumió en el continente europeo entre 1550 y 1650[70]. Para 1600, Brasil era la colonia europea más rica del mundo[71]: el azúcar brasileño generaba más ganancias a Portugal que todo su comercio con la India[72], lo cual permitió que los europeos que vivían en Brasil tuviesen un ingreso per cápita más alto que los que vivían en Portugal[73]. Como puede suponerse, esta abundancia millonaria se tradujo en una cultura de despilfarro en las haciendas azucareras, la cual fue descrita en estos términos por Hugh Thomas:

> Los hombres y mujeres que crearon este primer gran *boom* azucarero en la historia mundial vivían bien. [...] Su opulencia era tal, que sus mesas estaban llenas de vajillas de plata y fina porcelana china importada por capitanes que llegaban del Este. Las puertas tenían cerraduras de oro, las mujeres usaban inmensas joyas de piedras preciosas, los banquetes eran amenizados por músicos, las camas estaban cubiertas con tela de damasco, y todo estaba rodeado por un ejército de sirvientes esclavos, que siempre estaban a la orden[74].

Como en toda economía monoexportadora, sin embargo, el azúcar de Brasil estaba condenado a sufrir una baja de precios apenas aparecieran competidores, y esos efectivamente se hicieron sentir cuando, a mediados del siglo XVII, Inglaterra decidió replicar el modelo de plantación brasileño en dos colonias recién conquistadas: Barbados y Jamaica. A partir de este momento, la industria azucarera de Brasil jamás volvería a ocupar el primer puesto mundial en exportaciones y ventas.

Junto con la competencia inglesa, también se sintieron las consecuencias de un desastre político, cuando en 1578 el rey portugués Sebastián I y casi toda su corte murieron derrotados en una torpe invasión militar a Marruecos[75]. Dado que Sebastián I había muerto sin dejar hijos, el trono vacante fue inicialmente

69 Zweig, *Brasil*, 78.

70 Burns, *A History*, 74.

71 Thomas, *The Slave Trade*, 135.

72 Burns, *A History*, 75.

73 Ibíd.

74 Thomas, *The Slave Trade*, 138.

75 Haciendo caso omiso de los consejos de sus comandantes militares, Sebastián I invadió Marruecos con veintitrés mil soldados, ejército que fue derrotado en cuatro horas por los sesenta mil hombres con que contaba el sultán Abd al-Málik.

ocupado por Enrique I, su tío abuelo, pero este corto reinado fracasó en dejar herederos, a raíz de los votos religiosos del nuevo regente. Por este motivo, cuando Enrique I falleció en 1580, la Corona portuguesa terminó en manos de España, cuya corona reunió ambos reinos en la Unión Ibérica (1580-1640). Si bien con esta medida el rey de España garantizó a Portugal la posesión de sus colonias ultramarinas, todas las rutas comerciales y los dominios portugueses se convirtieron en un blanco militar para los enemigos de España: Francia, Holanda e Inglaterra. De este modo, un nuevo conflicto geopolítico se apropió de los mares y las costas del mundo, y entre estas últimas no tardaron en figurar las costas de la colonia más preciada de Portugal: Brasil.

La primera zona brasileña en ser víctima de este conflicto fue Maranhão, cuyas costas fueron invadidas en 1612 y ocupadas durante tres años por tropas francesas. No obstante, el mayor golpe para los colonos portugueses vino en 1630, año en el que tropas holandesas invadieron con éxito una franja apreciable de la costa nororiental de Brasil e incluso zonas urbanas de Río de Janeiro. A pesar de que los holandeses fueron expulsados de Brasil finalmente en 1654, su presencia en Suramérica se hizo casi permanente con la fundación en 1667 de la colonia de Surinam, territorio que pertenecería al Estado holandés hasta 1975. En todo caso, terminado el periodo de ocupación holandesa en Brasil, los mazombos que manejaban las grandes plantaciones de azúcar vieron su economía diezmada por los conflictos militares y el ascenso vertiginoso de las plantaciones de Barbados, cuyo modelo monoexportador copiado de Brasil había situado la producción del azúcar de la isla inglesa en el primer lugar del mundo. En términos concretos, el ascenso de Barbados representó un desplome de dos tercios en los ingresos que Brasil recibía de la exportación de azúcar[76]. En la última década del siglo XVII, la industria azucarera de Brasil estaba "al borde del colapso"[77], situación que se veía aún más lúgubre ante la debilidad de un Imperio portugués cuyo dominio en el mundo se había extinguido y cedido al poderío de Inglaterra y Francia. Ante tal panorama, solo un milagro económico podía devolverle al Brasil la posición privilegiada que antes ocupaba. Y, para la sorpresa de Europa entera, ese milagro ocurrió entre 1693 y 1695, años en los que una noticia increíble inició uno de los mayores éxodos migratorios de la historia, acontecimiento que convertiría a Brasil en una parada obligatoria para todo europeo que quisiera probar su suerte en América.

76 Burns, *A History*, 75.

77 C. R. Boxer, *The Golden Age of Brazil, 1695-1750* (Berkeley: University of California Press, 1962), 29.

Ilustración 3. *Mercado de esclavos* (1835), en Brasil.
Acuarela de Johann Moritz Rugendas. Colección privada.